

El temor del Sinaí y el gozo de Sion
 Éxodo 20:18-21, Hebreos 12:18-29
 Tampa Covenant Church
 16 August 2026

Proposición: Debido a que el SEÑOR es santo y nos ha redimido como suyos, somos llamados a responder a su palabra con reverencia y asombro en una adoración gozosa.

FCF: No recibimos la palabra de Dios con reverencia adoradora, sino con terror y miedo debido a nuestro pecado y culpa delante de él.

RHF: Debido a que Jesús es el mejor mediador, cuya sangre habla una mejor palabra de perdón, ya no estamos aterrados ante el Sinaí, sino que hemos llegado a Sion con gozo, mientras adoramos a nuestro Salvador con reverencia y asombro.

(#1) Introducción:

Esta mañana concluimos nuestra serie titulada *“Los Diez Mandamientos y el Evangelio de la Gracia.”* Durante las últimas once semanas, los mandamientos nos han enseñado lo que significa amar a Dios y amar a nuestro prójimo. También hemos visto cómo Jesucristo es el cumplimiento de cada mandamiento, y cómo, en nuestra unión con él, lo que Dios nos manda llega a ser lo que nosotros mismos deseamos. En el texto de hoy, los mandamientos ya han sido dados, y el pueblo de Dios responde con temor en el monte Sinaí. Pero veremos que la historia no termina allí finalmente, sino que apunta al gozo del monte Sion. Estos dos montes nos ofrecen un contraste.

Y entendemos el valor del contraste. Lo vemos en la moda, la decoración del hogar, la música, la escritura, el arte y en la creación misma. **(#2) El pintor Bob Ross** dijo una vez: *“Si pones luz contra luz, no tienes nada. Si pones oscuridad contra oscuridad, no tienes nada. Es el contraste de la luz contra la oscuridad lo que da significado a la otra.”* **(#3 En blanco)** Y las Escrituras contrastan estos dos montes para ayudarnos a comprender el significado y la importancia de cada uno. Así que exploraremos el temor del Sinaí y descubriremos cómo Cristo nos lleva a Sion, donde le adoramos con reverencia y asombro como pueblo redimido de Dios.

(#4) El temor del Sinaí: *Crea distancia entre Dios y el hombre*

En el capítulo 19, los israelitas llegan al Sinaí y Dios llama a Moisés a subir al monte para darle un mensaje para el pueblo: *“Ustedes mismos han visto lo que hice a los egipcios, y cómo los llevé sobre alas de águilas y los traje a mí.”* **(#5) Ahora, si** *en verdad obedecen mi voz y guardan mi pacto, serán mi especial tesoro, un reino de sacerdotes y una nación santa.”* **(#6) Y el** pueblo responde: *“Todo lo que el SEÑOR ha dicho, haremos.”* Y el capítulo 19 también deja claro que el Dios que redime es santo. **(#7 En blanco)** Antes de recibir la ley, el pueblo tuvo que consagrarse; se establecieron límites. Y con la presencia del SEÑOR vinieron truenos, relámpagos, humo, fuego, toque de trompeta y temblor. Y un Dios santo y trascendente habla a su pueblo **(#8) redimido**: *“Yo soy el SEÑOR tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de esclavitud”*: Y después de hablar las Diez Palabras, esperaríamos escuchar el mismo estribillo: *“Todo lo que el SEÑOR ha dicho, haremos.”* Pero esta vez no.

(#9) Leemos en el v.18, *“Todo el pueblo observaba los truenos, los relámpagos, el sonido de la trompeta y el monte que humeaba; y al verlo, el pueblo tembló y se mantuvo a distancia.”* Esta imagen familiar del orden natural ayuda a nuestras mentes finitas a comprender lo que el pueblo de Dios encontró aquel día: nada menos que la presencia manifiesta de un Dios santo; y comprensiblemente, retrocedieron con temor (#10 En blanco) y temblor. En 2001, estaba cerca de la frontera afgano-pakistaní visitando a algunos de nuestros hombres en una casa segura. Después de la visita, mi comandante y yo fuimos al punto de reunión para esperar el helicóptero. Mientras esperábamos, de repente sentí que mi corazón se aceleraba y, por primera vez en mi vida, mis rodillas comenzaron a temblar. Quedé paralizado por el miedo al pensar que podían dispararme. El temor es real; no es solo algo en lo que pensamos, sino también algo que sentimos en el cuerpo y que provoca esa respuesta de luchar, huir o quedarse paralizado.

(#11) Y en el v.19 el pueblo clama a Moisés: *“Habla tú con nosotros, y escucharemos; pero que no hable Dios con nosotros, no sea que muramos.”* El pueblo no ha rechazado abiertamente la palabra de Dios; pero ya no puede soportar que su voz les hable directamente. Y en su terror, claman a Moisés para que se ponga en la brecha como su mediador.¹ (#12) Un comentarista dijo: *“los seres humanos son criaturas débiles en el mejor de los casos; y todas las manifestaciones poco comunes o los sucesos extraordinarios de la naturaleza son para ellos mensajeros de terror. Los hombres también son criaturas culpables; y toda indicación de poder sobrenatural hace temblar sus corazones con alarma, no sea que ese poder sea ejercido para su castigo.”*² Esto es lo que vemos en el Sinaí: una imagen de la humanidad culpable y frágil de pie ante un Dios santo y poderoso. Y el resultado es temor, temblor, distancia y una súplica desesperada a Moisés para que se presente delante de Dios en su favor.

(#13) Pero Moisés responde en el v.20: *“No teman, porque Dios ha venido para probarlos, a fin de que el temor de él esté delante de ustedes, para que no pequen.”* A primera vista, suena extraño: *“no teman para que puedan temer.”* En las Escrituras, la palabra para temor, en el sentido de pavor ante el juicio de Dios, es muy similar a la palabra para temor, en el sentido de reverencia y asombro delante de él.³ Así que Moisés distingue entre el temor que nos aleja de Dios y el temor que nos enseña a caminar en obediencia a sus mandamientos. (#14 En blanco) El teólogo John Murray, en su libro *Principles of Conduct*, nos ayuda a ver ambos lados de la moneda del temor. Dice que Dios es santo y que su ira reposa sobre el pecado, pero no es irracional vivir con temor al juicio, porque puede refrenar el pecado y motivar la obediencia. Pero el temor al juicio por sí solo nunca producirá un verdadero amor por Dios ni odio al pecado. Más bien, el temor de Dios que consiste en piedad es más completo y formativo, porque mueve nuestros corazones hacia él en amor y adoración, caracterizados por reverencia y asombro en la adoración.⁴

El Sinaí nos enseña que debemos tomar muy en serio la santidad de Dios, porque en este mundo caído hay destellos del Sinaí a nuestro alrededor. Es cierto que muchas personas viven como si la santa ira de Dios contra el pecado no fuera real. Y otros tal vez reconozcan su santidad, pero presumen que, si viven una vida decente, él entenderá y hará algunas concesiones. Pero eso no funcionará, porque la ley de Dios no hace concesiones. Si pensamos que el día del juicio será como un salón de clases, donde entramos y Dios revisa el libro de calificaciones, y al ver que hemos aprobado más pruebas morales de las que hemos fallado, nos dejará entrar, no; lo hemos entendido mal. Porque la ley no hace concesiones; exige obediencia perfecta. Y al hacerlo, expone nuestra culpa y fragilidad delante de Dios. Esa es la situación de los israelitas en el Sinaí: se distancian de Dios con temor y temblor. (#15) En el v.21, Moisés se acerca a

Dios en favor de ellos al entrar en aquella espesa oscuridad donde estaba Dios. Ahora bien, al seguir la peregrinación de Israel hacia Canaán, sabemos que la mediación de Moisés no resolvió su problema de pecado. Así que salimos de este texto con ese anhelo de un mejor mediador, uno que no solo se ponga en la brecha, sino que sea capaz de llevar gozosamente a la humanidad pecadora a la presencia de Dios.

(#16) Y eso nos lleva al gozo de Sion: acercarnos a Dios por medio de la obra de un mejor mediador.

El gozo de Sion: *Acercarnos a Dios por medio de la obra del mejor mediador*

Abrimos el libro de Hebreos y reconocemos que la audiencia estaba compuesta por cristianos judíos que enfrentaban dificultades y oposición por la fe. Y estaban siendo tentados a volver al antiguo sistema de adoración (*templo, sacrificios y sacerdocio*). Y en el capítulo 12, el autor está diciendo que, si hacen eso, se dirigen de regreso al Sinaí. **(#17) Y les recuerda** en el v.18 que no han llegado a aquel monte imponente, caracterizado por oscuridad, tinieblas, tempestad y sonido de trompeta. Allí la voz del SEÑOR era tan poderosa que el pueblo rogó que no se les hablara más. ¡Incluso los animales fueron amenazados con la muerte, y Moisés mismo estaba aterrorizado!

Más bien, esta es **(#18) su realidad presente**. Han llegado al monte Sion, a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial. Y esta ciudad está llena de adoración: innumerables ángeles en reunión gozosa, la iglesia de los primogénitos de Dios cuyos nombres están escritos en el cielo, Dios mismo, el juez de todos, y los espíritus de los justos que ya han sido perfeccionados. Sion no está marcada por temblar a distancia, sino por el gozo de la adoración reunida al Dios vivo. Él es el centro de toda la escena: aquel a quien pertenece la ciudad y ante quien los adoradores son responsables.⁵ Pero hay otra persona allí, y toda la escena apunta hacia él, porque sin él nadie puede permanecer en **(#19) la presencia de Dios**. Han llegado a “Jesús, el mediador de un nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la sangre de Abel.” Como mediador, Moisés estuvo entre Dios y el pueblo. Y por grande que fuera, no podía quitar su culpa ni limpiar sus conciencias del pecado delante de Dios.

(#20 En blanco) Pero en Jesús tenemos un mejor mediador, aquel a quien Moisés señalaba. Él es el Hijo eterno de Dios que se hizo hombre. Y mientras estuvo en esta tierra, fue tentado en todo sentido, pero nunca pecó ni en pensamiento, ni en palabra, ni en obra. Por lo tanto, es la única persona sobre la faz de esta tierra que podía estar delante del Padre sin culpa ni vergüenza. Sin embargo, tomó nuestro pecado sobre sí mismo y llevó el castigo que merecíamos al introducirnos en esta nueva relación de pacto con Dios.⁶ Y, iglesia, todo esto es posible por la aspersión de su sangre, que habla una palabra mejor que la sangre de Abel. En Génesis 4, la sangre de Abel clamaba desde la tierra a Dios después de que Caín lo asesinó. Clamaba por retribución, pero la sangre de Jesús habla una palabra mejor; clama por perdón. Porque por medio de la sangre de Cristo, la justicia ha sido satisfecha, nuestra culpa ha sido quitada; por eso podemos estar en la presencia de Dios, no sobre la base de nuestra justicia, sino sobre la justicia de Cristo. Y ahora que nuestro Salvador está sentado a la diestra del Padre, su obra de mediación continúa en nuestras vidas, porque estamos unidos a él y dependemos completamente de él.⁷

Así que el gozo de Sion no es que hayamos llegado a un mejor monte, sino que hemos llegado a Jesús. ¡Amén y amén! Pero después de mostrarnos el gozo de Sion, el autor da una advertencia sobria **(#21) en el v.25**: “Miren que no rechacen al que habla.” Si los israelitas no escaparon del juicio cuando se negaron a

escuchar la palabra de Dios mediada por Moisés, entonces no hay posibilidad de escape si nos negamos a escuchar al que habla desde los cielos. Iglesia, la sangre de Jesús habla perdón, pero su voz debe ser oída y recibida por fe y arrepentimiento. (#22) En el v.26 y siguientes, el autor vuelve a la entrega de la ley en el Sinaí: *En aquel tiempo su voz sacudió la tierra*. Pero ahora el Señor hace otra promesa: viene un día cuando una vez más sacudirá la tierra y también los cielos; toda la creación será sacudida, pero solo permanecerá lo incommovible.

(#23 En blanco) ¿Cuáles son las cosas incommovibles que permanecerán? Es la escena que el autor ya nos ha descrito: la adoración gozosa e interminable que tiene lugar en la ciudad de Dios, donde innumerables ángeles se han reunido junto con los hijos primogénitos de Dios, y la sangre rociada de Jesús, que habla la mejor palabra de nuestro perdón.⁸ Y, iglesia, no tengo el vocabulario para describir plenamente este gozo. Solo puedo describirlo reflexionando en las experiencias más gozosas que conocemos en esta vida; esos momentos en la cima de la montaña que nos hacen pellizcarnos para comprobar que realmente está sucediendo. Pero también reconocemos que aun esas experiencias no duren. Porque en este mundo caído hay valles y peligros que somos llamados a soportar. Pero ninguno existe en aquella ciudad celestial; solo justicia, paz y gozo en la presencia de nuestro Salvador.

Entonces, ¿cómo respondemos a esta (#24) realidad ahora mismo? *“Por tanto, puesto que recibimos un reino que no puede ser sacudido, tengamos gratitud, y mediante ella ofrezcamos a Dios una adoración aceptable, con reverencia y asombro, porque nuestro Dios es fuego consumidor.”* El versículo nos dice que la respuesta apropiada al recibir un reino incommovible es poseer una gratitud que alimenta nuestra adoración. El autor dice: “seamos agradecidos.” (#25 En blanco) ¿Por qué? Porque la gratitud es la marca de quien ha recibido la gracia de Dios. Si nuestro lugar en este reino incommovible fuera algo que hemos ganado, no habría razón para la gratitud. Pero cuando sondeamos las profundidades de la gracia, el amor y la misericordia de Dios hacia nosotros en Cristo, nuestra gratitud se profundiza hasta convertirse en una postura establecida de nuestros corazones. Alguien dijo que la gratitud cristiana es *“un compromiso gozoso de la personalidad de uno con Dios.”*⁹ Es decir, no es transaccional ni situacional en nuestra relación con Dios. Más bien, es una orientación de toda la vida marcada por confianza, humildad y adoración aceptable a él.

Porque sabemos en lo profundo de nuestros corazones que no hemos llegado al Sinaí; más bien, por medio de la sangre de Cristo, hemos llegado a Sion. Por lo tanto, nuestra adoración está marcada por reverencia y asombro con gozo, no por terror y pavor. ¿Puedes imaginar entrar al estacionamiento esta mañana y que te digan que cualquiera que toque el edificio morirá? El temor al juicio se apoderaría de cada uno de nosotros. Pero eso no es lo que ocurre; más bien, cada Día del Señor reconocemos que Dios nos ha llamado a su presencia y nos hemos reunido para adorarlo. Que nunca demos por sentadas esas palabras, porque esto es un anticipo de Sion. Nuestro salmo de meditación nos recordó que el SEÑOR ha escogido a Sion; la ha deseado como morada. Es su lugar de reposo para siempre; él bendecirá abundantemente sus provisiones y saciará a los pobres con pan. Sus sacerdotes serán vestidos de salvación y sus santos gritarán de júbilo. ¡Ese es nuestro llamado!

Conclusión:

(#26) Iglesia, no se equivoquen: nuestro Dios es ciertamente fuego consumidor. Y en esta relación del Nuevo Pacto que tenemos con él, su santidad no ha disminuido ni un poco. Todavía se requiere obediencia perfecta a sus mandamientos para estar en su presencia. (#27 En blanco) Por lo tanto, solo por causa de Cristo podemos hacerlo con reverencia y asombro, sin temor a la condenación. Y mientras caminamos hacia la consumación de este reino incommovible, habrá temporadas en la vida en que sentiremos como si estuviéramos acampados al pie del Sinaí, temblando de miedo por algo que hemos hecho o por algo que hemos dejado de hacer. Pero por gracia, escuchamos la voz de nuestro Salvador, nos apartamos del pecado y nos acercamos a su trono de gracia. Porque allí encontramos misericordia y gracia para ayudarnos en nuestro tiempo de necesidad. Y allí escuchamos nuevamente la mejor palabra hablada por la sangre de Jesús: la palabra de perdón, que nos concede paz con Dios. Así, nos unimos continuamente con todos los santos de arriba y los santos de abajo, y cantamos sin pavor, alabamos con gozo indescriptible y meditamos en la belleza y magnificencia de Sion. Esa ciudad celestial donde nuestros nombres están inscritos y nuestro lugar está asegurado por aquel que nos ha llamado por su gracia y promete guardarnos por su gracia. Amén.

¹ David L. Allen, *Hebrews*, The New American Commentary (Nashville, TN: B & H Publishing Group, 2010), 589–590. ² David Brown, A. R. Fausset y Robert Jamieson, *A Commentary, Critical, Experimental, and Practical, on the Old and New Testaments: Genesis–Deuteronomy*, vol. I (Londres; Glasgow: William Collins, Sons, & Company, Limited, s. f.), 360–361.

³ יִרְאָה (*yir'â*). sust. fem. temor, terror. *Se refiere a la emoción, sentimiento o estado de estar asustado, aterrorizado o lleno de asombro reverente.* Aunque *yir'â* puede referirse al temor en el sentido natural, como el temor de “zarzas y espinos” (Isa 7:25), la mayoría de las veces este sustantivo aparece con respecto al temor de Dios, ya sea en el sentido de reverencia apropiada hacia Dios (Gén 20:11; Éx 20:20; Sal 5:7) o en el sentido de temor ante el poder impresionante de Dios (Dt 2:25; Sal 90:11). Las declaraciones repetidas de que el “temor” de Dios es el aspecto central de la sabiduría usan todas *yir'â* (Job 28:28; Sal 111:10; Prov 1:7; 9:10).

⁴ John Murray, *Principles of Conduct: Aspects of Biblical Ethics* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1957), 233–235.

⁵ Ramsey J. Michaels, “*Commentary on Hebrews*,” en *Cornerstone Biblical Commentary: 1 Timothy, 2 Timothy, Titus, and Hebrews*, vol. 17 (Carol Stream, IL: Tyndale House Publishers, 2009), 458.

⁶ Gerald Bray, “*Jesus As Mediator*,” en *Lexham Survey of Theology*, ed. Mark Ward et al. (Bellingham, WA: Lexham Press, 2018).

⁷ *Ibíd.*

⁸ Michaels, 460.

⁹ Walter A. Elwell y Barry J. Beitzel, “*Gratitude*,” en *Baker Encyclopedia of the Bible* (Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1988), 900–901.